

A large, stylized sun graphic in light blue, with a central circle and several curved rays extending outwards. The sun is positioned on the left side of the page, partially overlapping the title and author information.

MISIÓN INTER-CONGREGACIONAL EN HAITÍ: UN ESFUERZO DE LA VIDA RELIGIOSA POR ENCARNAR LA DIMENSIÓN SOLIDARIA DE UN DIOS TRINO EN ESTE PAÍS

P. Jean Hérick
Jasmin, OMI

A manera de introducción

De un modo general, el Antiguo Testamento subraya que Dios se revela como el liberador de los oprimidos y el defensor de los pobres en Israel; una presencia divina que exige a la vez la práctica de la fe y la justicia por parte de los hombres y mujeres redimidos por Él. En esta óptica, se entiende que sólo en la observancia de los deberes de justicia, de paz y de solidaridad producto del amor, se reconoce verdaderamente al Dios liberador y misericordioso. A continuación, en el Nuevo Testamento, Jesús, por sus acciones en favor de los abandonados, los marginados y los sufridos de la sociedad de su tiempo, nos aporta una visión clara de la relación de Dios con la humanidad, a los hombres y mujeres los asume como a sus hijos: Un *Dios-con-nosotros* que se hace cercano a los que sufren y a los agobiados. De este modo, con su predicación, Jesús proclamó la paternidad de Dios hacia la humanidad entera y reafirmó la intervención de la justicia divina en favor de los pobres y oprimidos (Lc 6, 21-23). Él mismo Jesús, durante su vida terrena, se hizo solidario con todos. “He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn

10, 10). No solo se hizo solidario, sino que con su encarnación asumió la condición de la limitación y el sufrimiento: “siendo de condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios.... se anonadó a sí mismo y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos” (Flp 2, 6-11). Así como el Padre nos da bienes, el Hijo imita al Padre y nos comunica sus bienes eternos: de la salvación, de la vida nueva y del Espíritu Santo.

Llamadas a seguir el ejemplo de Jesús en el mundo de hoy, un grupo de mujeres-consagradas, en nombre de su consagración, de su fe y de su sensibilidad femenina, con el apoyo de la Confederación Latinoamericana y Caribeña de Religiosas y Religiosos (CLAR), y aún más de la Conferencia Ecuatoriana de Religiosas/os, CER, supo interpretar que las profundas crisis que atraviesa la sociedad haitiana en el contexto post-terremoto, requieren de un serio compromiso desde la fe y la ética cristiana. Estas misioneras aceptan organizarse en una Misión Inter-Congregacional (MIC) para dar una respuesta dinámica y eficaz de fe en nombre de toda la Vida Religiosa latinoamericana y caribeña. Se trata aquí de “la fe cristiana que significa un fac-

tor de liberación social e integral en el contexto de los oprimidos, esta práctica debe ser liberadora” (Boff, 1986: 61-62). En esta perspectiva, la inteligencia de la fe aparece como la inteligencia no de la simple afirmación de verdades, sino de un compromiso, de una actitud global, de una postura ante la vida. Con razón dice Lonergan que “una religión que promueve la auto-transcendencia hasta el punto, no de la simple justicia, sino del amor que se sacrifica a sí mismo, tendrá una función redentora en la sociedad humana, en cuanto tal amor puede deshacer el daño de la decadencia y restaurar el proceso acumulativo del progreso” (Lonergan, 1988:60).

De este modo, como consagradas en la viña del Señor, nuestras misioneras-seguidoras de Jesús en América Latina han entendido que el acontecimiento sísmico que aborreció a Haití es un signo de los tiempos que constituye a la vez una llamada a la conversión, a la fe en Jesucristo, a la escucha y al amor fraterno. Ellas han recibido el apoyo espiritual y material de todos los Consagrados de América Latina y de los Misioneros en misión *ad extra* para que esta conversión halle su

cumplimiento en la ayuda mutua y en el servicio al prójimo, lo que implica la decisión de cruzar fronteras como paradigma de la misión, de predicar el Evangelio en el tiempo presente. Así pues, las Hermanas: Cecilia Guarderas, Marlene Caisaguano, Clemencia Rodríguez (Mercedaria misionera), Socorro López (Comboniana) y demás miembros de la Comunidad Inter-Congregacional Misionera (CIM), al llegar a Puerto Príncipe (Haití) el 9 de noviembre de 2010, pudieron comprobar en medio de una integración cultural y lingüística, que formar comunidad en la situación actual de Haití es un desafío enorme que requiere mucha apertura, creatividad, de subidas y bajadas de los *tap-tap* (mini-buses) así como de largos días de marcha. En esta misma tónica, pudieron comprobar que el *kerigma*, como acción comunicativa de la Iglesia en un Haití de hoy, las compromete a anunciar la Palabra de Dios a la cultura haitiana en “Criollo” (créole o *Kreyòl*), e iluminar, orientar y programar, a nivel de lo particular, situacional y concreto, el proceso mismo de encarnación del mensaje en su ámbito personal, social y cultural, político y económico, etc. En otras palabras: acompañar y sostener el proceso históri-

co continuo de auto-construcción de la comunidad haitiana en sus situaciones particulares, y su responsabilidad en el entorno social con todos los problemas teóricos y prácticos que ello plantea.

El presente artículo lo ofrecemos desde el Equipo Asesor de la Presidencia de la CLAR (ETAP) como un homenaje a estas *corre caminos*, quienes están actualmente en Haití, sudando, en la construcción del Reino de Dios. Desde una visión de un Dios Trinitario representado en los esfuerzos de la Misión Inter-Congregacional (MIC), desarrollamos la reflexión en tres apartes consecutivos: 1) La acción de Dios en la misión de la MIC; 2) El rostro de Jesucristo como rostro del Padre misericordioso que guía esta misión; y, 3) La moción del Espíritu en la misión de la Comunidad Inter-Congregacional Misionera (CIM) en Haití.

1. La MIC llamada y enviada por Dios: “bien vista tengo la aflicción de mi pueblo, Yo te envié” (Ex 3, 7-10)

El capítulo tercero del Éxodo nos habla de un Dios que conoce la opresión que sufre su pueblo Israel y que reaccionó conscien-

temente con diligencia. Él mismo observa y analiza la situación: “bien he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto”. Y añade: “he oído su clamor” (Ex 3, 7). Por eso, Dios mismo decide revelar a Moisés lo que Él va a hacer para salvar al pueblo de la situación inhumana que está sufriendo. Por una vez más, Dios se hace cercano a sus hijos y lleva el papel principal en el proceso de liberación, mientras confía a Moisés ser su colaborador en esta empresa salvífica. En efecto, en un mundo donde la muerte por el hambre y la represión se ha hecho banal, el Dios cristiano se hace más vivo y toma partido en favor de una práctica de la liberación.

Dios está especialmente cerca del oprimido; escucha sus gritos y resuelve liberarlo (Ex 3, 7-8). En este sentido Dios es *Padre-madre* de todos los seres humanos, pero principalmente de los oprimidos e injustamente ofendidos. Por amor a ellos toma partido y se opone a las relaciones represivas del opresor. Esta parcialidad de Dios muestra la universalidad de la vida y de la justicia que deben ser garantizadas a todos a quienes se les niega. Nadie tiene derecho a ofender la imagen y semejanza de Dios que es la persona humana.

Su gloria consiste en ver al hombre y a la mujer vivos y su culto en la realización del derecho y de la justicia. El no asiste impasible al drama de la historia.

Dios convoca, y se encarna en la comunidad de fe (la Iglesia) que se entrega al servicio de todos los hombres. El concilio Vaticano II ha reafirmado con fuerza la idea de una Iglesia de servicio que no está centrada en ella misma, y que no se realiza sino cuando vive “las alegrías y esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres en nuestro tiempo” (GS, 1). En este mismo orden de ideas, las misioneras de la MIC se sienten colaboradoras de la acción de Dios en Haití hoy y se dejan motivar por este llamado y envío de Dios al pueblo haitiano. Cómo no afirmar que ha sido Dios mismo quien incentiva a nuestras Hermanas consagradas en su misión de aliviar los sufrimientos de los haitianos, pues Él tiene bien vista la aflicción de los haitianos debajo de las carpas en plena calle y parques del país.

A continuación, una de las crónicas de la MIC sobre Haití reporta lo siguiente: “Ante la catástrofe de Haití, nos ha acompañado una certeza: otro Haití es posible...

Somos instrumentos en las manos de Dios, y queremos ser puentes de su amor, reconstruir el cuerpo de Cristo que ha sido tan maltratado en Haití” (crónica de la MIC: 17 de octubre de 2010). De hecho, en medio de un panorama de escombros en la calle, de damnificados en las carpas llorando todavía por sus difuntos, de edificios rotos, de miedo y de vidas aplastadas, de dolor, de impotencia y de muerte, un grupo de mujeres de la Vida Consagrada se deciden estar a favor de la vida. El 2 de febrero del 2010, ellas han salido de su propia tierra para escuchar el clamor del pueblo haitiano después de la tragedia del terremoto, y dicen sí para responder a la llamada del Dios de la vida. Así pues, la Vida Religiosa del Continente, a través de estas primeras Hermanas-religiosas que dicen sí a la “Misión Inter-Congregacional”, también se compromete a acompañar el proceso de reconstrucción de este pueblo hermano, herido por la catástrofe que dejó el sismo.

En efecto, el trabajo que la MIC está desarrollando en Haití desde 2010 entra en la dimensión de una Vida Religiosa inserta, cercana al pueblo negro dolido, para reflejar

el rostro de un Dios compasivo, misericordioso y compañero de ruta de los pobres. La MIC se comporta al ejemplo del Padre celestial quien no excluye a nadie de su amor. Por eso, para Pablo, el amor es una virtud que sobrepasa a la fe, la esperanza y todos los carismas (1 Co 13, 8). El amor es don de Dios, quien nos ha amado hasta el punto de morir por nosotros para que “tengamos vida en abundancia” (Jn 10, 10). Por tanto, el amor no procede de una iniciativa humana: es Dios quien nos ha amado primero y nos ha dado la prueba de este gran amor por su hijo Jesucristo (Jn 15, 13). Así pues, la acción de Dios se ubica al interior de la creatura humana y es allí desde donde Dios crea. Dios no está fuera de la realidad humana, sino *Dios-con-nosotros*. Por consiguiente, descubrir el actuar de Dios en la cotidianidad de la vida de su pueblo, es a la vez resaltar su presencia operativa en la historia de la humanidad.

De este modo, la MIC representa una forma de respuesta de Amor de Dios al pueblo haitiano que Él mismo escucha con entrañas de madre por sus hijos en peligro. La MIC -en sus esfuerzos continuos en Haití para leer

los signos de los tiempos a la luz de la previa Revelación de Dios-, comprende que Dios está actuando en todo acontecimiento histórico, para salvar, dirigir y juzgar. Para ello, todos los esfuerzos pastorales, en los proyectos con las mujeres haitianas o con la juventud, exhalan la clemencia, el amor misericordioso de Dios.

Las visitas puerta a puerta que las misioneras de la MIC hacen diariamente, tienen una sola finalidad: llevar la presencia de Dios en medio de los desamparados; muchas veces solo una presencia misionera dice que Dios está con los haitianos, por eso a través de la MIC es Dios quien se hace oído, corazón y mano, es decir, escucha los clamores de su pueblo porque lo ama y “ha bajado” para librarlo de tantas aflicciones.

En dos ocasiones de la visita de la CLAR a la MIC en su “diócesis post-terremoto” -no tan envidiable por las pastoras y pastores sin olores a ovejas o quienes no aguantan los gritos de los niños desnudos y desconsolados por la pérdida de sus madres-, hemos sido testigos oculares de la manifestación de la presencia de Dios desde el acompañamiento de la misioneras a los damnificados de

Delmas 33, en donde una cantidad innumerable de familias haitianas estuvieron en un espacio perteneciente a una compañía de autos (llamada *Automeca*), y con la ayuda de las misioneras, se ha logrado construir miserablemente miles de albergues para vivir temporalmente. En medio de esta pequeña ciudad multicolor o “diócesis post-terremoto”, justo en el centro, se halla el templo de la Cita con Dios: una pequeña iglesia en madera cuyo techo es realmente la parte superior de una carpa sostenida por seis o siete cuerdas artesanales. Este templo poco estético representa para el pueblo el signo de esperanza y presencia de “*Bon Dye*” (el Buen Dios), en medio de los damnificados. Allí en 2012, nosotros de la animación de la CLAR, participamos en una celebración eucarística presidida por las hermanas de la MIC y un sacerdote Jesuita haitiano, el padre Lázaro. Fue una fiesta alucinante en medio de danzas, aplausos, el rechinar de las tablas y obviamente el calor de una temperatura de más de 30 grados centígrados en esta época. A pesar de las situaciones precarias, otras religiosas, tales como Diana Méndez (Dominica de la Esperanza), Carmen Rosa Peñaranda Córdoba (Religiosa de la

Asunción), y otros laicos, se unen poco a poco a la Misión Inter-Congregacional, para aportar su grano de arena desde el carisma fundacional de sus comunidades.

Ahora bien, me pregunto: ¿Hubo acaso hechos tan grandes como los que Dios hizo por el pueblo haitiano? Creo que sí, pero de manera tan sublime y tan entregada como lo están haciendo las hermanas de la MIC en este tiempo, creo que no hay parecido. En efecto, los contactos con la realidad de Haití, los testimonios de unas y otros, el intercambio con todos aquellos -hombres y mujeres de buena voluntad- que quieren hacer algo por este pueblo, nos han confirmado que el terremoto es un momento oportuno de cambio en la vida e historia del pueblo haitiano; y que el cambio más urgente que necesita el pueblo es el de “reconstruir el tejido personal y social”, a mediano plazo y no solo de una ayuda puntual y emergente.

2. Jesús rostro de Dios misericordioso en medio del pueblo haitiano: “Acogiéndolos les hablaba del reino de Dios” (Lc 9, 11.13)

Introducimos este apartado retomando la afirmación de que

Dios en su inefable misterio de misericordia quiso crear al hombre y a la mujer, trascendiéndose en ellos y haciendo, por lo tanto, que éstos, a su vez, se trascendieran en sus hermanos. Por consiguiente, en la real y definitiva economía de Dios revelada en y por Jesucristo, Dios mismo, para crear a la humanidad, se humilla, se vuelve historia sometida a la contingencia. Este plan de salvación se realiza en el tiempo y en el espacio, es decir, en una verdadera historia cuyo centro de unidad y movimiento de plenitud es el misterio de Cristo.

Un gran autor explicó que en cuanto hay una intervención de cristianos en la vida social, un espíritu cristiano penetra en las tareas, sea por motivaciones (militancia, testimonio), sea por una moralización de las conductas (abnegación, generosidad, perdón), sea finalmente por la elección de tareas privilegiadas. Estos diversos elementos constituyen un estilo cristiano. En esto consiste la seducción cristiana por las tareas que restauran más o menos abiertamente una visión global o un discurso del sentido. Por eso, el estilo cristiano, inspirado en el evangelio, debe favorecer la creatividad del ser humano (De Certeau, 1976: 80). Por tanto, se

puede afirmar que la intervención cristiana en las prácticas sociales, supone dos aspectos formales: el modo de actuar -en los límites de un supuesto que recibe de la sociedad-; y la necesidad de actuar, es decir una relación entre la tradición evangélica y un actuar efectivo. Este modelo oscila entre el seguir a Jesús -lo que indica un avance que abre al nombre de Jesús-, y la conversión -transformación de las conciencias y las conductas (De Certeau, 1976: 83)-. La invitación a seguir a Jesús reclama una decisión que se muestra como renovadora en la objetividad de las situaciones y posibilita un cambio en el creyente. En el mismo sentido de lo comentado anteriormente, la MIC en Haití, en nombre de Jesús, se encuentra motivada a romper esquemas, abandonarlo todo, renunciar a los bienes terrenos para servir a los haitianos damnificados por el terremoto de 2010. De este modo, se entiende que la irrupción de Jesús en la vida de un creyente no se da en función de la irrupción de un nuevo lugar, sino en un cambio total que hace del creyente un itinerante en la construcción del Reino de Dios en medio de los pobres. La Misión Inter-Congregacional para las personas sufrientes en Haití, repre-

senta el corazón y las manos de Jesús misericordioso y buen Pastor, acogiéndolas, dándoles consolación y hablándoles del Reino de justicia y paz.

Además de la decisión de ir al rescate espiritual del pueblo haitiano, la MIC ha escuchado la voz de Jesús diciendo: “dadles de comer nosotros mismos” (Lc 9, 13). Para ello, nuestras misioneras han inventado miles de formas de “economía solidaria”. Con las mujeres haitianas, las misioneras hacen un trato de préstamo sin intereses. Ellas reciben un dinero en forma de préstamo, que deben devolver con puntualidad. Nuestras misioneras relatan en una de sus crónicas: “a pesar de las lluvias, (las mujeres) llegan con su dinero mojado pero allí están” (Crónicas de Socorro López, Misionera Comboniana y de Clemencia Rodríguez, Mercedaria Misionera: Puerto Príncipe, febrero 2013). El dinero prestado a las mujeres les permite comprar productos para revenderlos en las calles o en las plazas de *Delmas 31* y *33*. Es de total importancia subrayar que nuestras misioneras son también clientes de las mismas vendedoras a las que ellas prestan dinero. Obviamente, no se puede pasar en Haití sin degustar los suculen-

tos mangos de “*La plaine*”, los cuales son de una variedad tropical enorme.

También nuestras misioneras son las defensoras públicas de esas pequeñas comerciantes que a menudo son atropelladas por las acciones injustas de la junta comunal y de las brigadas de control de las calles que les quitan todo lo que venden, además de las pocas ganancias que escondían debajo de sus canastos de mangos. En colaboración con los Jesuitas haitianos del servicio a los migrantes (SJM), la MIC promueve una verdadera solidaridad con Haití; no una solidaridad fundada en el paternalismo sino en la dignidad humana. No puedo cerrar este apartado sin hablar del pan de la “alfabetización” dado al pueblo víctima del terremoto. De hecho, mucho antes de los dirigentes haitianos, la MIC inició con el proceso de alfabetizar por grupos, los niños y jóvenes. Se trata de enseñarles a leer y escribir, hacer sumas y restas, hacer comprensiones y reflexiones sobre la historia y la geografía de Haití. Las misioneras de la MIC están muy ilusionadas con este método de “hacerse más personas”. También a las mujeres se les nota una gran satisfacción del camino

recorrido y bien aprovechado. Hay que tener en cuenta que en este pequeño país del Caribe hay un gran porcentaje de su población analfabeta y, principalmente, sufre este tipo de exclusión del colectivo de las mujeres. Tanto los monitores que dan las clases de alfabetización como las participantes sueñan con construir *otro Haití posible*. Por lo tanto, el servicio de la Salud Comunitaria vuelve a ser un anexo de la formación dada a los Educadores de Salud Comunitaria. De esto surge el interés de pequeñas farmacias en donde algunas mujeres están elaborando sus medicamentos a base de plantas medicinales. En este último taller han empezado a hacer su herbolario, clasificando todas las plantas medicinales que se encuentran en Haití.

En fin, es verosímil lo que opina Hans Küng que “lo cristiano es un modo de vida que parte de Cristo Jesús, que han de vivir personas de mentalidades y épocas diversas, nuevas siempre y peculiares...” y esto implica, “no sólo la enseñanza y doctrina cristianas, sino el obrar cristiano y comportarse como cristiano” (Hans Küng, 1977: 16). Los miembros de la MIC nos han enseñado de esta forma que “siguiendo a Cristo” en

el mundo de hoy es, vivir, actuar, sufrir y morir sostenido por Dios y ayudando a los demás en la dicha y en la desdicha, en la vida y en la muerte.

En este mismo sentido, en *Deus Caritas est*, al referirse a la primera carta de Juan: “Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él” (1 Jn 4, 16), dice Benedicto XVI que “estas palabras con claridad meridiana son el corazón de la fe cristiana: la imagen cristiana de Dios y también la consiguiente imagen del hombre y de su camino (Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 1). En Jesucristo, que es el amor encarnado de Dios, el amor alcanza su forma más radical y más sublime por su muerte en la cruz, Jesús, donándose para levantar y salvar al hombre.

3. La moción del Espíritu en la misión de la CIM-MIC en Haití: “El Espíritu Santo os enseñará en aquel mismo momento lo que conviene decir” (Lc 12, 12)

El evangelio nos enseña que el amor irrestricto de Dios se entiende a partir de la manifestación del Espíritu Santo, el Paráclito que Jesús nos había prometido (Lc 12,12). El Espíritu Santo es el

cimiento, el Amor desbordante de Dios Padre, de Dios Hijo humanado, la fuerza que regenera la creación. Ahora bien, desarrollar una Misión Inter-Congregacional (MIC) en un Haití post-terremoto, no es nada fácil si no fuera por la fuerza del Espíritu que “Une lo Diverso”, que guía, anima y fortalece a nuestras hermanas en esta peregrinación en tierra extranjera. De este modo, el Espíritu Santo en relación con la Palabra divina en la creación, da autenticidad a la presencia de un Dios actuante en la MIC. De hecho, la MIC lleva a los haitianos la buena noticia de que Dios está presente en medio de ellos por la comunicación de su Espíritu y por la presencia eclesial de nuestros Religiosos obrando en este país. Así pues, el desvelamiento de la acción del Espíritu Santo en Haití por la MIC, no es en sí una novedad discursiva, sino una novedad existencial en nuestra manera de ver la realidad haitiana.

Obviamente, hablar de la acción de Espíritu en la vida del pueblo haitiano equivale a subrayar la importancia de las Comunidades Inter-Congregacionales Misioneras (CIM) presentes en la renovación espiritual de la Iglesia haitiana. Por eso debemos tener

claro que la misión de la Iglesia en el mundo debe realizarse con miras a “no apagar el Espíritu, sino probarlo todo y quedarse con lo bueno” (LG, 12). En este mismo sentido el teólogo Víctor Codina prefiere hablar de preferencia de “no extingáis el Espíritu” (Codina, 2008: 15). Sin el Espíritu no puede haber auténtica cristología, ni genuina eclesiología, ni una praxis cristiana profunda en el seguimiento de Jesús. De ahí la urgencia de una iniciación a la teología del Espíritu Santo. El Espíritu clama hoy a través de los signos de los tiempos, de las creaturas que reclaman autonomía, del clamor de los pobres, de las mujeres, de las diversas culturas, del pluralismo religioso, del grito de la tierra que gime con dolores de parto y desea su plena liberación. En un mundo donde muchos, desilusionados, abandonan la Iglesia, o incluso la misma fe cristiana, la referencia al Espíritu se vuelve hoy indispensable. Hemos de escuchar su clamor. El Espíritu sigue presente y dinámico en la historia y su clamor, que con gemidos pide justicia, liberación de toda esclavitud, e intercede al Padre por nosotros desde un mundo que está con dolores de parto (Rm 8, 15.22.23.26).

Es el Espíritu quien ayuda a entender la acción de Dios en la historia y a leer a Dios en la historia, es el Espíritu quien con su fuerza envía, alienta, da fuerza y valor, re-crea. Es el Espíritu el que promueve el florecimiento de la misión de la MIC en Haití y provee sus carismas congregacionales de manera apostólica en los laicos, en las mujeres, en los jóvenes, en los movimientos sociales, en los Negros de esta tierra. Así, por el Espíritu, la Palabra creadora sigue siendo la fuente del actuar de la MIC y de cada miembro de sus comunidades de vida (CIM). De hecho las pequeñas comunidades de la MIC son una experiencia del Espíritu que actúa en el corazón de cada uno de sus miembros. Una experiencia profunda del Espíritu lo que supone el despojo, la desinstalación, el abandono, la exclusión. La Hermana Cecilia Guarderas reza en una de sus notas que para ella la experiencia del espíritu en la MIC es: “un renacer constante a la esperanza; una experiencia de la confianza de Dios en mí, al encargarme ser portadora de la vivencia del Espíritu que renueva todas las cosas, también el o los estilos de Vida Religiosa” (Cecilia, Haití, 2010).

En resumen, es naturalmente difícil que la vivencia misionera de la MIC se haga sin un aprendizaje de todos los aspectos de las culturas haitianas (es decir de los modo de vivir y del *ethos* haitianos, sin olvidar la influencia dialéctica del catolicismo y del vudú); la MIC no puede sembrar las semillas del Espíritu sin un despojarse de esquemas mentales, de costumbres anteriores, para dar paso a lo que el Espíritu le estaba pidiendo. Por ello, y por muchas cosas más, podemos afirmar que la MIC es una experiencia del Espíritu que pide un estilo de Vida Religiosa diferente, más evangélica, más cercana a la Palabra, a los pobres, a los Haitianos. Las Comunidades de la MIC son signo del amor y la ternura misericordiosa de Dios en los campamentos de *Henphrasa*, de *Palais de l'Art.*, de *Automeka*, de *Parc Kolofé*, de la *Grotte*, de *Haut Georges* y *Bas Georges*, de la *Plaine*, etc.

A modo de conclusión: La MIC invita a Haití a la Casa de Betania en nombre del Dios Uno y Trino que nos convoca y envía

Hemos afirmado que el rostro del Dios de la Vida en la realidad de sufrimientos y de pobreza de

los haitianos después del terremoto del 12 de enero de 2010, se manifiesta de manera patente día tras día por los múltiples servicios de la MIC. El trabajo de la MIC en Haití es muy interesante y gratificante al constatar que con formas y maneras sencillas, con métodos simples compartidos con seriedad, creatividad y responsabilidad se devuelve la esperanza, el sueño, la recuperación psicosocial y física a los lisiados y cojos de este país, pues se devuelve la salud a personas que no tienen ninguna posibilidad de acceder a una consulta médica; además de la fe en un Dios de los huérfanos que nunca abandona a sus hijos (Sal 67). La MIC en Haití, es la mano misericordiosa de Dios que habita en medio de los haitianos y que invita también a sus hijas e hijos a la Casa de Betania. Desde este ángulo podemos contemplar de manera tajante el misterio de la encarnación de Dios y palpar más de cerca al Dios hecho humanidad que tiene compasión de sus hijas e hijos. También por la predicación de la Buena Nueva hecha carne, nuestros hermanos y hermanas haitianos logran contemplar al rostro transfigurado de Cristo y ser testigo de la voz del Espíritu Santo que clama para que crezca nuestra escucha y nuestra

compasión por los pobres y abatidos que conmueven el corazón de Dios en el mundo actual. Por los clamores de los haitianos podemos escuchar los clamores del Espíritu de Jesús, nos sentimos interpelados y a la vez cuestionados ante los sufrimientos de los pobres. Para ello, damos gracias al Dios de la vida por infundir en la Vida Religiosa del Continente latinoamericano y caribeño la fuerza y el valor significativo de una presencia Misionera Inter-Congregacional en Haití como pequeña semilla hundida en la tierra, que aporta desde lo pequeño al advenimiento del Reino. La acción de gracias y la alabanza al Dios Trino y Uno por este regalo inter-congregacional a la Vida Religiosa del Continente. Y, para terminar, queremos rezar con las Comunidades de la MIC por este *Kairos* (tiempo de gracia):

“Tiempo propicio para agradecer a Dios. Todo llega, todo pasa y tiene su fin... Tiempo propicio para agradecer a Dios por la riqueza Inter-Congregacional... esta oportunidad de enriquecimiento de todas las espiritualidades y carismas...

Tiempo propicio para agradecer por la CIM. Ha sido una for-

taleza porque nos hemos dejado llevar por la Palabra que ha sido el centro de nuestra Vida. ...

Tiempo propicio para agradecer por cada una de las Hermanas, por la gracia de la comunión que nos ha unido en la vocación misionera. Todas hemos venido impulsadas por una llamada y una respuesta apasionadas por compartir nuestras vidas con los más pobres y excluidos, escuchando a Dios donde la Vida clama.

Tiempo propicio para aprender a amar nuestra época. Un tiempo para dejarnos conducir por el sople del Espíritu como Vida Consagrada. Un tiempo de ver la luz en medio de las tinieblas. Un tiempo de abrir fronteras como congregaciones y de arriesgarnos a subir en la barca y echarnos mar adentro.

Tiempo propicio para aprender a vivir la soledad con la mirada fija en Jesucristo y su Reino.... Tiempo propicio para conocer y amar otra gente con su diversidad de credos, cultura y así experimentar a Dios que no tiene fronteras. Tiempo propicio para dejarme interpelar por este Misterio de la Encarnación tratando de leer en cada rostro humano el

amor y la compasión de Dios por la humanidad....

Un tiempo propicio para aprender a relativizar las cosas. Un tiempo propicio para valorar y sentir la necesidad de la riqueza de nuestra Liturgia y estilo de vida... (Carmen Rosa Peñaranda Córdova, Religiosa de la Asunción: Haití 26 de Enero del 2013.)

Referencias bibliográficas:

1. Benedicto XVI. *Carta Encíclica Deus caritas est (Dios es Amor)*. 25 de diciembre de 2005. AAS 98 (2006).
2. Boff, Leonardo y Boff, Clodovis. *Cómo hacer Teología de la Liberación*. Bogotá: Paulinas, 1986.
3. Codina, Víctor, *No extingáis el Espíritu (1 Ts 5, 19: Una iniciación a la pneumatología)*. Santander, España: Sal Terra, 2008.
4. Concilio Vaticano II, *Constitución dogmática Lumen Gentium, sobre la Iglesia*. 21 de noviembre de 1964. AAS 57 (1965).
5. De Certeau, Michel, “Una gota de agua en el mar”, in *El estallido del cristianismo*. Compilado por Domenach, Jean Marie, 75-93. Buenos Aires: Sudamericana, 1976.
6. <http://www.vidadelacer.org/index.php/nosotros/cim-haiti/1503-26-cronica-de-la-cim>
7. Küng, Hans. *Ser cristiano (Christ Sein, 1974)*. Trad. de J. M. Bravo Navapotro. Madrid: Cristiandad, 1977.
8. Langton, Joseph, y Poswick R., Ferdinand. *Petit Dictionnaire de la Bible*. España: Brepols - Verbum Bible, 1996.
9. Martelet, Gustavo. *Las ideas fundamentales del Vaticano II: Iniciación al espíritu del Concilio*. Barcelona: Herder, 1968.
10. Novoa M., Carlos J., *Teología y sociedad*. Col. Teología hoy, no. 32. Bogotá: P.U.J., 2000.
11. Vergés, Salvador, *Imagen del Espíritu de Jesús: Persona y comunidad de amor*. Salamanca: SecretarioTrinitario, 1977.